

## LAS TENTACIONES

## DEL NEOCAPITALISMO

### Un escrito dirigido a la Conferencia Episcopal Española

«Profundamente preocupados por la evolución de nuestra sociedad hacia un nuevo modo de convivencia, nos hemos reunido varios sacerdotes, de la más diversa procedencia y dedicación pastoral, con el fin de reflexionar sobre el futuro de la Iglesia en nuestro país.

Conscientes de nuestra responsabilidad, les transmitimos con entera sencillez el fruto de nuestra reflexión, materializado en unas conclusiones, con la esperanza de que les sirva en el desempeño de la ardua tarea que tienen encomendada. Estas conclusiones descansan en un trabajo más amplio, que también ofrecemos a los que deseen conocerlo.

\* \* \*

Estimamos que, a corto plazo, nuestra sociedad responderá a las características de una sociedad neocapitalista de corte europeo, con las matizaciones

que nuestra tradición cultural y el reciente pasado forzosamente introducirán.

Esta sociedad se muestra: económicamente, desigual, competitiva, fundada en el interés privado; políticamente, democrático-burguesa con ribetes autoritarios; socialmente, conflictiva, sobre todo por la lucha de clases y la exasperación del problema regional o de las nacionalidades; culturalmente, pluralista; religiosamente, tendente a una secularización progresiva.

El neocapitalismo ofrece todas las características de un "sistema" y, como todos los sistemas, tiende a una integración de todos los elementos que encierra, mediante la asignación de una función a cada uno de ellos. También como todo sistema, el neocapitalismo suscita la aparición de su "contrario", y está atravesando por toda suerte de tensiones y de conflictos.

El neocapitalismo dispone de medios poderosísimos y eficaces en orden a la integración que pretende: económicos, políticos y culturales. Su utilización implica, de alguna manera, la entrada en la dinámica del sistema, una integración más o menos lograda.

En la estructura del neocapitalismo la Iglesia tiene un lugar asignado y está llamada a desempeñar una función de legitimación del sistema y de creación del tipo de hombre que éste necesita. Igualmente entra en los esquemas de la oposición para el cumplimiento de las mismas funciones en sentido contrario.

La legitimación propiamente dicha se entiende en el sentido que tradicionalmente le otorga la ciencia política. La creación de un tipo de hombre adecuado al sistema se consigue mediante la indoctrinación directa o indirecta.

En una sociedad en que el proceso de secularización viene ya de lejos y se halla en un estadio avanzado, la legitimación religiosa ha perdido importancia; no así en una sociedad como la española, en que la Iglesia todavía goza de una fuerte influencia en determinadas zonas o sectores de población. De aquí que se puedan distinguir dos procedimientos para alcanzar la legitimación deseada.

La legitimación directa solicita de la Iglesia un apoyo doctrinal explícito o la realización de gestos suficientemente transparentes para significar una aprobación. Así, por ejemplo, mediante la publicación de ciertos documentos en que se otorga una aprobación, más o menos explícita, a las medidas de gobierno o a los proyectos para el futuro; así también de la presencia calificada de la jerarquía en solemnes ceremonias de claro sentido político.

Una sociedad más secularizada, al disponer de sus propios criterios de legitimación, desea únicamente evitar la "contestación" de su legitimidad y la consiguiente carencia de "consensus". Este objetivo se consigue mediante la "privatización" del mensaje religioso; en nuestro caso, mediante la reducción de la vida cristiana al ámbito de lo íntimo y su ausencia de la vida pública.

Creemos que en el futuro se solicitarán de la Iglesia los dos tipos de legitimación. Ello dependerá de algunas variables, entre las que cuentan: el "talante religioso" de los gobernantes; la mayor o menor aceptación de la legitimación capitalista por la población; lo que, a su vez, es función del acierto del sistema en todos los órdenes.

La sociedad neocapitalista integradora debe ofrecer una compensación por la función desempeñada por la Iglesia. Lo hace por la oferta de medios ventajosos para la consecución de los objetivos que la Iglesia se fija; pero su utilización, como ya se ha dicho, implica todo un proceso de integración en el sistema. Otro tanto habría que decir de la oposición.

Los bienes económicos constituyen la primera oferta del neocapitalismo, que en esto sigue la línea del capitalismo tradicional y su propia naturaleza. Con ellos es posible la prosecución eficaz de los objetivos, según un tipo de racionalidad que pertenece también a la esencia del capitalismo. Aceptar los medios económicos ofrecidos por el capitalismo es tanto como aceptar la lógica propia del sistema.

No es difícil prever una política de ayuda económica a la Iglesia. El aumento de haberes del clero, las subvenciones a los centros de enseñanza, etc., no constituyen más que los adelantos de la "oferta" neocapitalista.

La participación en el poder nunca llega hasta el punto de poder amenazar la "cumbre" del mismo. Previsiblemente adoptará dos formas, de acuerdo con las circunstancias y la actitud de la jerarquía eclesial:

a) La que puede conceder un partido político, más o menos "confesional", con el que se identificaría la "política" de la Iglesia a través de su jerarquía.

b) Otra, más difusa, consistente en otorgar a la Iglesia determinados privilegios, particularmente en el campo de la enseñanza o de los medios de comunicación social.

Todo ello en el disfrute de una "libertad jurídica", garantizada en el or-

denamiento legal, que responde a una concepción de la libertad y del hombre basada en los principios individualistas del liberalismo. Libertad, "autonomía", como ausencia de toda coacción exterior, que desconoce el carácter esencialmente comunitario del hombre.

\* \* \*

Ante la gravedad de la "oferta" neocapitalista, nuestra reflexión se ha centrado en: las tentaciones de que puede ser víctima la Iglesia al valorar los elementos positivos que encierra la oferta; en el modelo de Iglesia y de sociedad que su aceptación entrañaría y, a nuestro entender, en la infidelidad que supondría a Jesucristo y a la misión que le ha confiado.

La "tentación económica" tiende a producir un modelo de Iglesia que concede preferencia a lo institucional sobre el de "comunidad de creyentes"; a privilegiar las "obras" en relación con la evangelización directa y con la adhesión personal, libremente consentida, de los cristianos al ofrecimiento de Jesús. No queremos caer en un "utopismo" ingenuo, desconocedor de las necesidades reales; pero tampoco queremos olvidar la dimensión esencial, sanamente utópica, de la pobreza cristiana.

¿Cómo hablar de "Iglesia de los pobres" en una Iglesia rica? ¿Cómo evitar un clasismo creciente en el seno de la Iglesia? ¿Cómo predicar a un mundo consumista las excelencias de la pobreza evangélica? ¿Cómo recordar con autenticidad la opresión de los países subdesarrollados si disfrutamos de los bienes que se les arrancan? ¿Cómo atender a la urgente recomendación de San Juan cuando nos dice que los cristianos deben vivir como Cristo vivió?

La aplicación inmediata y directa de las "tentaciones" de Jesús y de su actitud al caso actual pecaría de simplista e implicaría un error exegético. Pero, ¿cómo olvidar su vida pobre, los medios que empleó para la predicación de su mensaje?

La "tentación del poder" falsificaría la imagen de la Iglesia, que difícilmente podría presentarse, de hecho, como sa-

cramento de salvación, de unidad y reconciliación. Situada entre los privilegiados de este mundo, sus relaciones con él se establecerían a nivel de poder y de diplomacia; no a nivel de evangelización testimonial.

La identificación con un partido político, "protector de los derechos de la Iglesia", haría caer a la Iglesia en el "partidismo" y le llevaría a la "ideologización de la fe" para justificar posiciones y actitudes sumamente discutibles, cuando no rechazables. Lo mismo sucedería, aunque de forma más difusa, con la aceptación de privilegios hábilmente "justificados", bajo pretexto de defender los "derechos" de una mayoría católica, identificada con el número de los bautizados.

La consecuencia sería mantener el esquema del nacional-catolicismo y de la Iglesia de cristiandad aparentemente superado. La preocupación por el número y la conservación de la clientela nos haría recaer en el cristianismo sociológico y en la frustración de las esperanzas que en este momento legítimamente se pueden concebir.

A través de un proceso ineluctable, la Iglesia se vería progresivamente integrada en el sistema y desempeñaría la función de legitimación que éste le pide. Pero es fácil que, en algún momento, esto se pretenda conseguir a través del "neutralismo" de la Iglesia; de su reducción a la función cultural y sacramental; de la privatización del mensaje cristiano de salvación.

El "neutralismo" religioso se opone tan terminantemente, a nuestro entender, al mensaje de Jesús como el "partidismo" que desconoce la libertad de los cristianos. Jesús no fue "neutral", ni tampoco "partidista". Su mensaje salvador no se reduce al ámbito de lo íntimo, de lo privado, sino que alcanza al hombre en todas sus dimensiones; también en la dimensión comunitaria o social que le es esencial.

El "neutralismo" supone la aceptación de un modelo de sociedad y la dejación de la función crítica que la Iglesia de Jesús debe ejercer respecto de todas las realidades mundanas. La

preferencia de Jesús por los pobres y oprimidos; el carácter liberador de su mensaje, que no se reduce a una liberación socio-política, pero que la asume, se oponen a una pretendida neutralidad que no sería, en expresión de Pío XII, más que una neutralidad "cómplice".

El neutralismo parece favorecer la unidad de la Iglesia, liberándola de luchas intestinas, de la repercusión de los conflictos humanos en su interior. Creemos que esta perspectiva de la unidad falsea su verdadero planteamiento cristiano y es causa de una falsa imagen de la Iglesia. La unidad es un bien hacia el que hay que caminar; pero, como todo lo cristiano, tiene una dimensión escatológica que no es lícito desconocer.

Jesús vino para predicarnos un mensaje de salvación que es también un mensaje de unidad y reconciliación. Pero su "unidad" era productora de división entre marido y mujer, entre padres e hijos. Jesús fue piedra de contradicción y escándalo y aceptó libremente el procedimiento más original que jamás se haya imaginado para conseguir la liberación: la muerte en la cruz como preludeo de la resurrección. La Iglesia, también como institución, debe ser "creyente"; debe vivir su misión en esa seriedad del Crucificado.

El momento histórico que vivimos obligará a la Iglesia a hacer opciones ante el futuro. Es un momento cargado de esperanza y de temor; de grave responsabilidad para todos nosotros, que podemos, de alguna manera, anular el soplo del Espíritu.

Tras siglos enteros en que la Iglesia ha presentado ante el mundo moderno una imagen falseada, que ha provocado la repulsa de los pobres y oprimidos que deberían haber sido sus predilectos, la fuerza del Espíritu que habita en ella

ha conseguido modificar esa imagen ante el pueblo que, entre respetuoso y asombrado, contempla una nueva imagen familiar y querida. ¿Podrán las "tentaciones" del neocapitalismo segar este brote de una Iglesia que comienza a mostrar la juventud eterna de su Señor?»

Lo firman:

Antonio Albarrán Cano, Madrid; Ricardo Alberdi, San Sebastián; Alfonso Alvarez Bolado, Madrid; José Alvarez Iglesias, Oviedo; Víctor Manuel Arbeloa Muru, Pamplona; Sebastián Bando Plata, Sevilla; José Bernal, Valencia; Rafael Belda Dardifá, Bilbao; Josep Bigordá, Barcelona; Antonio Bravo Tisner, Madrid; Luis Briones, Córdoba; Ramón Búa Otero, Vigo; Antonio Cañizares, Madrid; Augusto Carnicer Sanjuán, Madrid; José Carrión, Albacete; José María Castillo, Granada; Manuel Cillero, El Ferrol; José Antonio Comes Ballester, Valencia; José Domínguez, Madrid; Antonio Duato Gómez-Novella, Valencia; Jesús Equiza, Pamplona; Felipe Fernández Alía, Avila; Javier F. Conde, Oviedo; Enrique Freijo Balsebre, Salamanca; Juan Francisco Fontecha Infiesto, Salamanca; Benjamín Forcano, Salamanca; Jaime García, Santiago de Compostela; Carlos García Cortés, Santiago de Compostela; Joaquín García Roca, Valencia; José María Garrido Luceño, Sevilla; José Gómez Caffarena, Madrid; Olegario González de Cardedal, Salamanca; Oscar Iturroiz Fanjul, Oviedo; Luis Maldonado Arenas, Madrid; Juan Martín Velasco, Madrid; Casimiro Martí Martí, Barcelona; José Luis Martínez, Oviedo; Jesús María Múgica, Salamanca; Miguel Payá, Valencia; Vicente María Pedrosa, Madrid; Esteban Pérez, Valencia; Joaquín Perea, Bilbao; Ramón Roldán, Albacete; José María Rovira Belloso, Barcelona; Antonio Sanchis, Valencia; Andrés Torres Queiruga, Santiago de Compostela; Juan Antonio Tudela, Valencia; José Angel Ubieta, Bilbao; Fernando Urbina, de la Quintana, Madrid.